



POESÍA VOLUPTUOSA

Torbellino de palabras

En la poesía de Javier Bello el manejo de la metáfora es deslumbrante y su dominio verbal, prodigioso. Algo en ella nos recuerda a Dylan Thomas.

BRUNO CUNEO

Elías Canetti decía que las épocas más menesterosas se aferran a las palabras con la misma intensidad que las más fértiles se resisten a ellas. La nuestra pertenece a las primeras, pero su recurso es desesperado: a menudo toma por palabras lo que no son más que signos vacíos, que no ocultan ni revelan nada, que proliferan aquí y allí en toda la amplia gama de los discursos, pero son incapaces de otorgarles consistencia. Pura oquedad, una sociedad de palabras —alguien lo decía— puede ser también una sociedad enferma y la reputada revolución de las comunicaciones bien puede ser a ella lo que la metastasis al cáncer. Cuesta arriba le queda entonces al poeta la divisa de “defender la sacralidad del lenguaje” (Auden) y los recursos que ensaya a fin de responder a ella muchas veces son también desesperados. Hasta de la impotencia se ha hecho un modo, es legítimo, y lo mismo se puede decir del movimiento inverso, porque incluso aquel que aún se confía a las grandes palabras lo hace a sabiendas de su radical impertinencia. Tal es el caso de la poesía de Javier Bello. Una cierta intemperividad es manifiesta en su poesía y esa intemperividad desconfía: en el panorama



IMAGINERÍA ZOOLOGICA.— Los animales que pueblan la poesía de Bello no son sólo alucinatorios, sino que describen un nivel de la conciencia.

de ruina lingüística sobre el cual se alza su obra vale a la vez como milagro y caricatura.

Como uno de esos cuerpos dibujados por Miguel Ángel, la poesía de Bello es voluptuosa. Su manejo de la metáfora es deslumbrante y su dominio verbal es prodigioso. Algo en ella nos recuerda a Dylan Thomas y ese mismo recuerdo nos conlleva de tildarla de surrealismo tardío. Su poesía de “ojo arañado” difiere en un punto esencial de aquella del “ojo sañado”: no se confía simplemente a la yuxtaposición de lo impremeditado, a la renuncia total a la selección consciente de las imágenes, a los dictados automáticos del sueño. El poema de Bello se sitúa más bien en el entresueño, en una zona

ambigua entre el sueño y la vigilia. Entre el subterráneo del yo y la superficie de la página, su metáfora articula contenidos significativos que, aunque no resulten inmediatamente comprensibles, no son por ello puramente paralogicos o espontáneos. Se ocultan en el torbellino de palabras que su poesía despliega, pero existen, cifrados, casi como un secreto. “Yo soy el emisario de una oscuridad que anda armada”, ha dicho. Hay selección, pero esa selección, se diría, opera a un nivel psicológico profundo, subterráneo, oscuro, pero no anterior al sentido, casi en ese punto imperceptible en el que el sentido comienza a articularse, allí donde la animalidad asiste por vez primera a la construcción del habla y se abalanza sobre ella. El hombre, decían los griegos, es un “animal que habla”. Tal es el núcleo de la imagería zoológica de Bello: los animales que pueblan su poesía no son pura-

mente alegóricos, describen un nivel de la conciencia.

El fulgor del vacío incorpora dos de los libros más importantes y conocidos de Bello (*La rosa del mundo*, 1996, y *Las jaulas*, 1998), además de un tercero, hasta ahora inédito, titulado *Los pobladores del entresueño*. Desde su más antigua producción hasta esta última el movimiento de su poesía se intensifica y madura. El poder que le otorga a la metáfora alcanza incluso en la nueva entrega el estatuto de un precepto: “Fíjate al subterráneo con un ojo arañado. Hay indicaciones en todos los caminos. Es necesaria la metáfora”. Si desde hace un tiempo una cierta operación depuradora del material lingüístico tiende a hacer de la poesía una forma más escueta, casi sin imágenes (Celan), cuando no la convierte directamente en prosa (Carver), tal precepto no puede equivaler sino a una nueva impertinencia. Más allá de la disquisición formal que ella suscita, una confianza semejante no es otra que la confianza en el poder restaurador y transfigurador de las palabras. Y en una época pléyrica de ellas y sin embargo menesterosa, esa confianza es también apuesta. En la época de las palabras infladas, decía Karl Kraus, “el que tenga algo que decir que dé un paso adelante y calle”. Bello no da ese paso, se contiene a la espera de un “fulgor en el vacío” que el mismo está dispuesto y capacitado para generar: “Quiero palabras calladas, susurros, palabras descalzas para tejer y salir de cara, pero que sean grandes para cubrir el vacío que queda en las heridas del sueño”.



El fulgor del vacío
Javier Bello.
Editorial Cuarto Prose, Santiago.
2002. 175 páginas.
Precio de referencia
\$ 6.300

Torbellino de palabras [artículo] Bruno Cuneo.

AUTORÍA

Cuneo, Bruno

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Torbellino de palabras [artículo] Bruno Cuneo. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile